
Las Misas de Navidad

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6062

Título: Las Misas de Navidad

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 12 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Misas de Navidad

He salido a flanear un rato por las calles, y en todas partes, el fresco olor a lama, el bullicio y ruido de las plazas y la eterna alharaca de los pitos han atado mis pensamientos a la Noche Buena. Es imposible que hablemos de otra cosa. Las barracas esparcidas miserablemente en la Plaza Principal han estado esta tarde más animadas que nunca. Los vendedores ambulantes no han podido fijarse un solo instante. A cada paso tropiezo con acémilas humanas, cargadas de pesados canastones, por cuyas orillas asoman los tendidos brazos de una rama de cedro, o las hebras canas del heno. A trechos, rompiendo la monotonía de aquella masa humana vestida de guiñapos, asoma una coraza aristocrática y un sombrero de Devonshire. Cogido de la mano de su hermana, va un niño de tres años, mirando con ojos desmesuradamente abiertos cada cosa, y lanzando gritos de alegría, como notas perladas, cuyo revoltoso compás lleva con las carnosas manos impacientes. La luz de las hogueras y de los hachones, llameando velozmente, comunica a las fisonomías ese reflejo purpúreo que ilumina las pinturas venecianas. Ahí distingo el cuerpo esbelto y elegante de la señorita C..., la reina de la delgadez aristocrática, cubierto por un vestido seda perla con grandes rayas negras. Lleva un niño de la mano, y, encorvando su cuerpo graciosamente, espera que el vendedor de tostada cara y gruesas manos llene el cesto que sostiene en sus brazos un lacayo. Es la Diana de Juan Goujon en el mercado.

Una muchedumbre desarrapada circula trabajosamente por la plaza. Los gritos de los mercachifles, que pregonan sus objetos, aturden el oído, junto con el destemplado quejar de algunos pitos, semejante a crujido agrio y rasposo de una falda de seda al desgarrarse. Las velas cloróticas que

alumbran las barracas esparcen una luz amarillenta, que contrasta con el rojo radical de los hachones. De cuando en cuando se aproxima un coche, llega, se detiene, salta el lacayo del pescante, se abre la portezuela, cae el estribo y un pie perfectamente aprisionado en un botín irreprochable toca el suelo. Tras de la polla que ha saltado primero del carruaje, y cuyo rostro estamos habituados a mirar en el palco ambulante del paseo y en el trois quarts inmóvil del teatro, descienden los pequeñuelos hermanitos y la mamá que se adelanta paso a paso. A una distancia respetuosa, y colgada del brazo una canasta enorme, viene el lacayo con su librea color de hoja marchita.

Igual animación reina en las calles. Los cajones permanecen abiertos y con los aparadores iluminados hasta muy entrada la noche. Apenas es posible transitar por las aceras. Algunas amas, a quienes la noche ha sorprendido, trotan, temiendo llegar muy tarde, por el embanquetado, tirando de la mano al niño perezoso que se resiste a empeñar una carrera. Junto al cristal de cada aparador se agrupan los curiosos transeúntes, y observan con fijeza, ya las velas microscópicas de esperma, que han agotado todos los colores del iris, ya los juguetes caprichosos y droláticos, ya las cajas y obsequios de año nuevo.

El aire frío que azota nuestros rostros parece como que va diciendo a mis oídos: "¡Anda, necio! La noche va a ser helada; el aire congelado empaña los cristales; tienta las hojas del rosal, están ya húmedas como los labios del niño cuando suelta el ubérrimo seno de la madre, cada cual se refugia en su casita, donde hay ojos azules y cabelleras rubias junto al fuego: ésta es la fiesta del hogar, la fiesta del abuelo, la fiesta de la esposa, la fiesta de los hijos; la cena patriarcal que reúne a todos bajo la tosca mesa de encino es el gran símbolo de la familia creada por el Evangelio; ¿no oyes los gritos de alegría que se escapan por las junturas de esa persiana mal cerrada? ¿No ves las llamas inquietas de las velas, perdidas, como fuegos fatuos, en el ramaje obscuro

del árbol de Noél? ¡Tristes de aquéllos que corren las calles con su gabán abotonado, mirando por los resquicios de las puertas el fuego de un hogar que está de fiesta! ¡Tristes de aquéllos que no tienen un árbol de Noél!

La noche de Navidad es la noche de las resurrecciones y de los recuerdos. Los niños, al dormirse en sus cunas, quedan confiados en el espíritu misterioso que bajará durante el sueño para llenar de dulces y juguetes los botines nuevos que han dejado a propósito en la chimenea. El hada que visita estas botitas se llama en Italia el hada Befana. En Alemania, lejos de las grandes ciudades, en los pueblos de campesinos y burgueses, las muchachas se asoman al sonar las doce de la noche al pozo, cuyas aguas turbias brillan como una pupila enferma, para buscar, trazada en su superficie, la imagen de sus novios. Las aldeanas que vuelven a sus casas, después de oír la misa de media noche, descubren casi siempre entre la oscura fronda de los árboles, el cuerpo blanco y ágil de las willis, que se entregan a un vals interminable. ¡La misa de la media noche! Yo sé de una leyenda que Alphonse Daudet ha recogido en una de sus obras, y que hace abrir desmesuradamente los ojos a los buenos campesinos que la escuchan con el cabello hirsuto.

Figuraos que estáis en una sacristía telarañuda, y que oís este diálogo:

—¿Dos cabritos trufados, Garrigú?

—Sí, reverendo padre, dos cabritos; dos cabritos llenísimos de trufas. Yo mismo he ayudado a rellenarlos. Su piel, fuertemente estirada, daba traquidos de angustia al entrar al horno.

—¡Garrigú... , el sobrepelliz! ¡Dios mío! ¡Yo que deliro por las trufas! ¿Dos cabritos, eh? ¿Y qué más?

—Lo más apetitoso y exquisito. Desde en la mañana nos hemos ocupado solamente en desplumar faisanes, pavos y pichones. Una nube de plumas, danzando por el aire, nos

rodeaba constantemente. En seguida vinieron las anguilas, las doradas carpas y las truchas.

–¿Truchas, eh? ¿Y de qué tamaño?

–¡Inmensas, reverendo padre, enormes!

–¡Dios mío! ¡Si ya parece que las veo!... ¿Llenaste ya las vinajeras?

–Sí, reverendo padre, pero ese triste vino no puede compararse con el que apuraréis al acabar la misa, en el castillo. Si vierais en el comedor los tarros y garrafas que resplandecen, llenos hasta el borde de exquisito vino. ¡Y la vajilla de plata!, ¡las fuentes cinceladas..., y las flores, los candelabros!... ¡Nunca, nunca puede haberse saboreado mejor cena! El señor marqués ha invitado a todos los nobles que habitan en las cercanías; cuarenta, sin contar al tabelión, llegarán a la mesa. ¡Qué afortunado sois, mi reverendo padre!

Sólo de haber sentido el humo de las trufas, su pícaro olor me sigue por doquiera...

–¡Vamos, vamos, hijo mío! ¡Dios nos preserve de la gula, y sobre todo en la noche de Navidad! Enciende los cirios y da el primer toque de misa. Ya falta poco para la media noche, y es preciso no atrasarse un solo instante.

Sostenían esta plática en una noche de Noél del año de gracia de mil seiscientos y tantos, el reverendo don Balaguer, antiguo prior de los Barnabitas, a la sazón capellán pensionado de los altos y poderosos señores de Trinquelag, y su ayudante Garrigú, o, para decirlo mejor, el que don Balaguer tomaba por su ayudante Garrigú; pues como más tarde se verá, el diablo había tomado aquella noche la cara redonda y las facciones indecisas del joven sacristán para inducir al reverendo padre en tentación y hacerle cometer el feo pecado de la gula. Así, pues, ínterin el que se llamaba Garrigú. (¡Hum!, ¡hum!), repicaba sin tregua las campanas, despertando los modorros ecos del feudal castillo, el

reverendo terminaba de revestir su casulla en la pequeña sacristía, ya, algo inquieto por esas tentaciones gastronómicas, y repitiendo para sus adentros, mentalmente:

–¡Dos cabritos trufados! ¡Pavos! ¡Carpas! ¡Truchas!

Entretanto, el cierzo de la noche se quejaba afuera, desmoronando en el espacio la alegre música de las campanas. Poco a poco iban surgiendo de la sombra, en la árida pendiente de la montaña, vagas luces que se iban aproximando a la pesada fábrica feudal. Eran las familias de los campesinos que venían a la misa de gallo en el castillo. Reunidos en grupos de seis o siete, se encaramaban cantando, por la ladera pedregosa, guiados por el padre que, linterna en mano, iba alumbrando su camino. Los niños, acurrucándose junto a las madres, se cobijaban con sus holgadas mantas pardas. A pesar de la hora y a pesar del frío, todo aquel pueblo iba regocijado y alegrísimo, seguro de que, una vez terminados los oficios, hallarían en la cocina del castillo la mesa que se servía todos los años. De cuando en cuando, interrumpiendo la penosa marcha, separábanse los grupos para dejar el paso libre a alguna carroza, que, precedida de cuatro batidores, con antorcha en mano, hacía espejear sus diáfanos cristales heridos por la luna. Instantes después, un obediente mulo, que hacía repiquetear sus cascabeles, atravesó trotando junto a los aldeanos. A la luz de las linternas, circuidas de bruma, los campesinos reconocieron al señor alcalde.

–¡Buenas noches, señor alcalde!

–¡Buenas noches, buenas noches, hijos míos!

La noche estaba clara; el frío avivaba el resplandor movedizo de los astros; el cierzo raspaba duramente el cutis, y una tenue escarcha, resbalando por los vestidos sin mojarlos, sembraba como pequeñas cabezas de alfiler en las pesadas mantas de lana, y conservaba fielmente la tradición de Navidad, blanca de nieve. Arriba de la montaña aparecía el

castillo como el término de aquella caminata, con su masa enorme de torres y piñones, con el campanario de su capilla gótica, incrustándose en el azul del cielo, y con la muchedumbre de impacientes luces, que pestañeaban, iban y venían agitándose en todas las ventanas, semejantes, sobre el fondo sombrío de aquella fábrica, a las chispas que corren y se alcanzan en las cenizas del papel quemado. Pasado el puente levadizo y la poterna, era preciso, para entrar a la capilla, atravesar el primer patio todo lleno de carrozas, lacayos y literas, y alumbrado por el fuego de las antorchas y el rojizo resplandor de la cocina. En aquel patio se oía constantemente el retintín del asador, el estrépito de las cacerolas, el choque de los cristales y la argentería. Todos estos preparativos de la cena y el vapor tibio que llegaba a sus olfatos, trascendiendo a carnes bien asadas y salsas de legumbres olorosas, hacían decir a los campesinos, como al señor capellán, como al alcalde:

—¡Qué bien vamos a cenar después de misa!

¡Drelindín... Drelindín!

Ya comienza la primera misa de la medianoche. En la capilla del castillo, toda una catedral en miniatura, de arcos entrecruzados y raros enmaderamientos de nogal que suben por todo lo alto de los muros, se han desenrollado todos los tapices y encendido todos los cirios. ¡Cuántos devotos! ¡Qué multitud de trajes! He aquí primero, arrellanados en la esculpida sillería del coro, al alto y poderoso señor de Trinquelag, con su vestido de tafetán salmón, acompañado de los nobles señores invitados. Un poco más adelante, arrodilladas en grandes reclinatorios revestidos de espeso terciopelo, oran devotamente la marquesa viuda, con su traje de brocado color de fuego, y la señora joven de Trinquelag, peinada con una torre altísima de encajes a la última moda de la corte. Más abajo se levantan enlutados, con sus mejillas desprovistas de barba y sus pelucas inconmensurables, el alcalde Thomas Arnoton y el tabelión maese Ambroy; dos notas graves extraviadas entre las sedas deslumbrantes y el

damasco espolinado. En seguida se destacan los mayordomos, los pajes, los picadores, los intendentes, doña Barba con su manajo de llaves, colgadas en la cintura por medio de un anillo de bruñida plata. Y hasta el fondo, en las bancas para el pueblo, los sirvientes, los campesinos, los pecheros, escoltados todavía por una multitud de marmitones, que en el extremo de la capilla, junto a la puerta de alto cancel, que a cada rato abren y cierran, vienen a oír algún versículo de los oficios y a traer no sé por qué vago olor de cena a aquella iglesia revestida de fiesta, y cuya atmósfera caldean las llamas rojas de los cirios.

¿Será la presencia de esos mandiles blancos causa de las involuntarias distracciones del oficiante? Lo cierto es que la pícara campanilla, movida por el sacristán con una precipitación diabólica, parece que va diciendo con voz aguda: «¡Vamos! ¡Vamos! Mientras más pronto reces, más pronto nos sentaremos a la mesa.»

Y el hecho es que cada vez que suena –¡pícara campana!– el capellán se olvida de la misa para ya no pensar más que en la cena. Y se imagina el incesante movimiento que debe haber en la cocina, los hornos en donde flamea y choca el fuego de una fragua, el humo que dejan escapar las tapaderas entreabiertas, y a través de ese humo mira dos cabritos magníficos, con trufas.

O bien mira pasar hileras de vistosos pajecillos, llevando con prudencia platonos circuidos de un humo tentador, entra con ellos al salón ya apercebido para la fiesta y –¡oh delicia!– he aquí la inmensa mesa toda resplandeciente, ya cargada con los pavos vestidos de sus plumas, los faisanes abriendo sus moradas alas, las botellas color de rubíes, las pirámides de frutos destacándose entre las ramas verdes, y, por último, esos pescados prodigiosos de que tanto había hablado Garrigú (¡Garrigú! ¡Garrigú...!, ¡hum...!) extendidos sobre un lecho de hinojo, con sus escamas, nacaradas todavía, como si hubieran salido recientemente de las ondas, y con un ramillete de hierbas olorosas en su nariz de monstruo. Y era

tan viva la visión de todas estas maravillas, que don Balaguer pensó por un instante que aquellos platos succulentos estaban ya servidos sobre el mantel bordado del altar, y dos o tres veces, en vez del Dominus vobiscum, dijo el Benedicite. Pero dejando a un lado estas ligeras equivocaciones, el pobre padre oficiaba conforme a sus deberes, sin saltar una línea ni omitir una genuflexión. Todo fue así hasta la conclusión de la primera misa.

–¡Y va una! –dijo por fin el capellán con un suspiro de alivio. Incontinenti, sin perder un minuto, hizo una seña al sacristán, o mejor dicho, al que creía que era su sacristán, para que llamase a la segunda misa.

¡Drelindín! ¡Drelindín!

Y he aquí que empieza la segunda misa y con ella el pecado de don Balaguer. «¡Más aprisa, más aprisa, más aprisa!», dice con voz tipluda y agria la campana diabólica de Garrigú, y en esta vez el oficiante se abandona al dominio de la gula, devora las páginas del misal, con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se hinca, se levanta, esboza la figura de la cruz, apresura todos sus gestos, todos sus movimientos para acabar más pronto. Apenas golpea su pecho con el Confiteor, cuando extiende los brazos en el Evangelio. Entre él y el sacristán se empeña una diabólica carrera. Versículos y respuestas se precipitan, se atropellan. Las palabras pronunciadas a medias, sin abrir la boca, porque esto hubiera exigido un despilfarro inútil de tiempo, terminan en sílabas incomprensibles.

Como vendimiadores apremiados, que magullan la uva en los barriles, ambos estropean el latín de la misa, despidiendo astillas desquebrajadas del idioma. Y durante este vértigo espantoso, la infernal campanilla, repicando siempre, espolea al desgraciado capellán, como esos cascabeles que se cuelgan a los caballos de posta para hacerlos trotar cosquilleándolos.

¡Imaginaos en qué breves momentos terminaría la misa!

–¡Y ya van dos! –murmuró el reverendo, jadeante. Pero sin dejarse tiempo de respirar, con el rostro encendido, escurriendo sudor de la espantada frente, baja temblando las gradas del altar y...

¡Drelindín! ¡Drelindín!

He aquí que empieza la tercera misa.

Unos minutos más, y el comedor se descubre, por fin, ante sus ojos. Pero ¡ay!, a medida que la cena se aproxima, el infeliz don Balaguer se siente más y más movido por la impaciencia loca de la gula. Las carpas doradas, los cabritos asados están ahí; ya los toca, ya los palpa... Los platonos humean, los vinos embalsaman, y, sacudiendo su cascabel aguijoneante, la campanilla dice sin descanso:

–¡Aprisa!, ¡aprisa!, ¡más aprisa!

¿Pero cómo podría ir más aprisa? Sus labios apenas se mueven; ya no pronuncia las palabras. De tentación en tentación, comenzó por saltar un versículo y ahora salta dos. La Epístola es demasiado larga y no la acaba. Tartamudea las primeras palabras del Evangelio. Suprime el Padre Nuestro y saluda de lejos el Prefacio. Y así, con brincos y con saltos, se precipita en la falta espoleado por Garrigué «¡Vade retro, Satanás!», que le secunda con prodigiosa perspicacia, levantándole la casulla, volteando las hojas del misal dos a dos y cuatro a cuatro, derramando las vinajeras y repicando endemoniadamente más y más aprisa.

¡Era de verse la cara espantadísima de los asistentes! Obligados a seguir, guiados por la mímica del padre, aquella misa, de la que no entendían una palabra, poníanse éstos de pie cuando los demás se arrodillaban, y en todas las fases de aquel oficio nunca visto la muchedumbre se revolvía en las bancas con diversas actitudes. La estrella de Navidad, que iba avanzando por el cielo, camino del pequeño establo, palideció

de espanto y de terror.

–¡El padre reza demasiado aprisa! –dice sin detenerse la marquesa sacudiendo su cofia limpia y blanca. El alcalde, con los anteojos de acero cabalgando en su nariz, busca inútilmente en su devocionario el pasaje que reza el sacerdote. Pero, en rigor de la verdad, aquellas buenas gentes, a quien la esperanza de la cena agujonea, no se enfadan por la precipitación de la misa, y cuando don Balaguer, con la cara resplandeciente, se vuelve al auditorio y exclama con todas sus fuerzas: *Ite, missa est*, el coro a una voz dice: *Deo gratias*, con acento tan limpio, tan alegre, que parece mezclado y confundido con los primeros brindis de la cena.

Cinco minutos después, aquella muchedumbre de señores entraba a la gran sala y tomaba asiento en torno de la mesa, presidida por el capellán. El castillo, iluminado de arriba abajo, se poblaba de cantos y carcajadas y rumores, y el venerable clon Balaguer hundió su tenedor en una ala de capón, ahogando sus remordimientos con el vino del Papa y el sano jugo de las carnes. Tanto comió y tanto bebió el asendereado padre, que por la noche murió de una tremenda apoplejía, sin tiempo para arrepentirse, y en la mañana llegó al cielo, repercutiendo aún los cantos de la fiesta.

–¡Retírate, mal cristiano! –le dijeron–. Tu falta es sobrado grande para borrar toda una vida de virtud. Pecaste diciendo indignamente la misa de la Navidad. ¡Pues bien, en pago, no podrás penetrar al Paraíso sino después de rezar trescientas misas de Navidad, en presencia de todos aquéllos que contigo pecaron por tu alta!

He aquí la verdadera leyenda de don Balaguer, tal como la relatan en el país de los olivos. Ahora, el castillo de Trinquelag no existe ya, pero la capilla se conserva aún, erguida y recta, entre el ramillete de encinas verdes que coronan el monte. El viento golpea y bate la puerta desunida; la hierba estorba en el suelo; hay nidos en los rincones del

altar y en las aberturas de las ventanas cuyos vidrios han desaparecido desde hace mucho tiempo. Sin embargo, cuentan que todos los años, en la Noche Buena, una luz sobrenatural vaga por las ruinas; y que, yendo camino de la iglesia, los campesinos contemplan aquel espectro de capilla, iluminado por cirios invisibles, que arden a la intemperie, entre los ventarrones y la nieve. Sonreíd, si os place; pero un vendimiador de la comarca afirma que una noche de Navidad, hallándose en el monte, perdido en la vecindad de las ruinas, vio... eriza los cabellos lo que vio. Hasta las once, nada. Todo estaba silencioso, inmóvil y apagado. Pero, al sonar la media noche, una campana, olvidada tal vez en el campanario derruido, una campana vieja, ya caduca, que parecía sonar a quince leguas de distancia, tocó a misa. Después, por la pendiente del camino, el infeliz trasnochador vio sombras indecisas agitándose y linternas opacas que subían. Ya cerca de las ruinas, voces salidas de gargantas invisibles murmuraban:

–Buenas noches, señor alcalde.

–Buenas noches, buenas noches, hijos míos.

Cuando la copa de fantasmas penetró al interior de la capilla, el pobre vendimiador, que es bravo mozo, se aproximó de puntillas a la puerta, y viendo a través de los maderos rotos, presencié un raro espectáculo. Todos los fantasmas que había visto pasar estaban alineados en derredor del coro y en la ruinosa nave, como si hubiese bancas y sillones todavía. Y había entre ellos grandes damas vestidas de brocado, con sus cofias de encaje; caballeros repletos de bordados, y labradores de chaquetas floreadas, tales como debieron usarse en la época remota de nuestros abuelos; todos con aspecto decrepito, amarillo, polvoriento y fatigado. A cada rato, las lechuzas, huéspedes cíe la capilla, despertadas por la luz, hacían su ronda en torno a los cirios, cuya flama subía vaga y erguida como si ardiese dentro de una gasa. Y era cosa de ver un personaje, en cuya nariz acaballetada cabalgaban unos anteojos cíe acero, moviendo a cada

instante su peluca negra, sobre la que se había parado una lechuza, batiendo en silencio sus enormes alas.

Allá en el fondo, un viejo de cortísima estatura, puesto de hinojos en la mitad del coro, meneaba una campana sin badajo que ya no producía sonido alguno, en tanto que de pie, junto al altar, revestido de una casulla cuyos dorados estaban ya verdosos, parecía decir misa un sacerdote cuya voz no producía rumor ninguno. ¡Era don Balaguer diciendo su tercera misa!

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló El Duque, una antología de cuentos a la que llamó Cuentos Frágiles (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.